





por Marco Antonio
de la Parra

1952-8486

Conversar es conversar

Como todas las artes, la conversación tiene su lado bendito y su aspecto oscuro. Puede ser iluminación o mera charlatanería. Tiende a ser amenazada por los tiempos que corren pero la salva nuestra herencia hispánica. El modo de vivir contemporáneo, que no tolera la pérdida de tiempo ni la poesía ni el gesto inútil donde duerme el espíritu, corroe a los grandes conversadores y los aísla. Pero igual se les añora.

1953
Escribo estas líneas a propósito de uno de esos libros de conversaciones que están de moda hoy por hoy —con toda razón— y que escribió Juan Andrés Pila escogiendo los mejores conversadores posibles: los poetas. En *Conversaciones con la poesía* chilena Pila tira la lengua a ser selectos vates de nuestra tierra, rica en el género, con los testimonios vivos y rotundamente amagos de Nicanor Parra, Eduardo Anguila, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn (en una entrevista dramática), Oscar Hahn y Raúl Zurita, que relata sin pudor su camino de quiebres y dolor para llegar a ser el poeta que es. Es un libro indispensable para el que quiera conocer contextos expuestos, sinceros y potentes, de los que saben lo que se puede hacer con las palabras, con el silencio, con una anécdota, de los que uno quisiera en una mesa de café donde el habla es salva y balsa y pisco y no solo blason ni insignia ni escudo ni aguja. Donde la palabra es amable y no florero y gesto de conocimiento y nave que viaja y mube que sueña. Conversación que abre el alma al otro y por lo tanto nos estreña al mismo tiempo que nos reduce. Esa conversación que parece a veces casi extinta.

Conversar es un arte en peligro. Se le vino encima, entre otras, la manía de la intimidad, traida del mundo psicológico al mundo cotidiano, con esa terrible afición por la convivencia a la fuerza y las dinámicas de grupo donde todo hay que decirlo mirando a los ojos y hablando en yo, en tú, como si estuviéramos en confianza total. No, la conversación es por esen-

cia una construcción hecha de a poco, solemos envolver, encaje de juegos y matices donde se va revelando a gotas el ser y donde, entre cuentos anodinos y esa gran arquitectura de lo trivial hecho materia, se pueden ver de perfil los ojos de algún dios o un oculto demonio. La conversación no necesita ser íntima sino crear intimidad, no necesita ser de directo contacto sino de tangenciales aproximaciones, no pretende lujos eternos sino encantos efímeros sobre los que tal vez se construya esa maltratada retina de la amistad.

TOPILESS IDEOLÓGICO

Destruyó la conversación también cierto periodismo mal entendido que convirtió en entrevistas dirigidas lo espontáneo y cultivó lo exterior, fustigándolo de crueles revelaciones interiores que creaban un aspecto errado de sinceridad. La verdadera conversación es un arte poderoso: no interroga ni indaga, sino curiosos y conoce. El conversador sabe preguntar por escucha y no por investigación voyeurista. Revela y descubre con la

misma ingenuidad, no pretende aprovechar el minuto ni terminar más sabio, tan solo saber de otro ser humano, de su manifiesta vocación de ser para otro, con otro, en otro, grozamente.

Destruyó también la conversación el show de televisión disfrazado de simpatía, que valoró lo hueco brillante por encima del sentido y dejó la imagen por sobre el peso. Se salvaron los verdaderamente amagos que no dejan de ser sujetos enteros aun en pantalla, personalidades que nos encandilan porque no están en cámara sino siendo ellos, en interacción real con el otro ahí presente. Enamudecemos porque la televisión nos vuelve pasivos, a lo más el capping del control remoto que nos salva del tedio de algún humorista que intenta hacernos reír a la fuerza (ese otro enemigo del buen conversador que jamás es un chistoso ni un ingenioso, sino un paladeador del habla y la narración), quedamos con ganas de hablar, frustrados, con esas ganas que se han ido atrofiando, que nos dejan sin saber qué decir, preocupados de lucirnos, de ser agudos, de ser astutos, sin entender que lo básico es

mostrar el mundo que hay en nosotros, ese mundo que siempre es atractivo cuando cierto, real, sincero, auténtico, cuando habla de gente de verdad, con sueños y temores de verdad, con historias de verdad, esas que siempre han querido ser escuchadas y que tanto miran y aderezan a veces estorbo. Para qué hablar de los foros políticos. Hicieron de la conversación un ring, una rifa de gallos, un topless ideológico.

Los pueblos sabios cuidan a sus conversadores, son la memoria, la narración oral, el corazón que se expande en verbos para hablarnos de un mundo siempre perdido, una felicidad que siempre se aleja, la que se pierde y no acude nunca a nuestro llamado tardío. Los pueblos sabios abren espacio para conversar, habilitan lo sobremesa, invitan a perder el tiempo con la sola música de los cuentos. Conozco conversadores maravillosos a los que es un placer escuchar, algunos escritores, amigos del mundo del teatro, médicos, mi padre, amigos del alma. El tiempo se deshace en puntitos de luz al escucharlos. El cerebro se ventila con sus historias, alejadas de todo interés seductor o encandilante. Los entrevistados de Juan Andrés Pila son de alta categoría, de la mejor, de la que se lee en voz alta, como hablando. Don testimonio de uno de los letrados mayores de nuestro país: la poesía. Después de leerlo, lo mejor es que dos ganas de recitar, de escribir, de escuchar. Y de conversar, por supuesto. Otro tesoro.

Conversar es conversar [artículo] Marco Antonio de la Parra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Parra, Marco Antonio de la, 1952-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Conversar es conversar [artículo] Marco Antonio de la Parra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile